

# **El hombre invisible**

## **Una novela fantástica**

---

H. G. Wells

Prólogo: **Carlos Gamarro**  
Estudio: **María Cristina Figueredo**

loqueleo

# [Prólogo]

---

Por Carlos Gamerro

¿Quién no tuvo en algún momento la fantasía de ser invisible? ¿Quién no se regodeó alguna vez imaginando todas las cosas que podría hacer con total impunidad, como meterse en un restaurante y estampar los postres más empalagosos contra los rostros más odiosos; entrar al vestuario de las chicas mientras se duchan, en el caso de los chicos; entrar al vestuario de los chicos a escuchar lo que dicen sobre las chicas, en el caso de las chicas. Vaya uno a saber: no hay espacio más íntimo que el de las fantasías. La de la invisibilidad suele ser una fantasía ventajera, aunque también puede asumir formas altruistas: "El Invisible" puede imaginarse como un justiciero que castigará a los malvados y ayudará a los indefensos, robará al rico para darle al pobre, etcétera. Pero, si somos sinceros con nosotros mismos, admitiremos que estas son fantasías secundarias o compensatorias, producto de la mala conciencia que genera entregarse a la fantasía primaria de ser invisible y aprovecharse de todos esos pobres diablos que no tienen la ventaja que nosotros tenemos.

Todos, también, habremos pasado en la niñez por ese juego en que los adultos fingen no vernos. "¿Dónde está Carlitos? ¿Nadie lo vio a Carlitos?", enuncian los grandes

con impostado azoramiento; y Carlitos, agachado debajo de la mesa donde todos pueden verlo, ríe y se retuerce de deleite. Claro que si el juego se prolonga, si Carlitos sale de debajo de la mesa y grita y agita las manos, y aun así no logra recuperar su condición de niño visible, es probable que se truequen en terror y llanto su deleite y su risa. Porque ser invisible puede parecerse a ser Dios, pero se parece más a no ser.

No es muy distinto lo que le pasa a Griffin, el hombre invisible de H. G. Wells. El momento de su triunfo coincide con el de su desesperación: lo que descubre en sus primeros, indetectables paseos es, no las ventajas, sino los terribles inconvenientes de la invisibilidad: la gente no lo ve, y en la calle se choca contra él y lo lastima; no puede usar ropas y el frío lo hiela; la lluvia, la nieve o el hollín revelan su fantasmal figura... Abandona Londres, por el peligro de los carros y las multitudes, pero en un pueblo chico el anonimato es imposible. Todos quieren saber quién es el extraño embozado, todos se meten en sus asuntos. Lo que Griffin descubre es que, paradójicamente, no hay nada más llamativo que un hombre invisible. El verdadero color de la invisibilidad, propuso un contemporáneo de Wells, G. K. Chesterton, no es el transparente, sino el gris. En su cuento titulado, precisamente, "El hombre invisible", este resulta ser un cartero al que nadie ve porque viene todos los días, y se ha vuelto hasta tal punto parte del fondo que nadie repara en su presencia.

La novela dedica varias páginas a la explicación científica de la invisibilidad de Griffin, y aunque estas no nos satisfagan, nos entregamos a ellas como a un juego: no

convencen, pero ofrecen a nuestra voluntaria suspensión de la incredulidad una excusa o un sustento. Historias de hombres invisibles hubo antes de esta, pero sus autores se sacaban de encima el problema de los mecanismos de la invisibilidad con unas palabras mágicas, una capa, un brebaje o un anillo. Wells estaba obligado, por escribir en los albores del siglo xx, a ofrecer una explicación, si no estrictamente científica, al menos *a modo de ciencia*: pero está claro que lo que le interesa son las consecuencias psicológicas, emotivas y políticas de la invisibilidad, más que sus causas físicas. Aun así, basta con esas pocas páginas para hacer que su relato cruce el umbral que separa la literatura fantástica de la ciencia-ficción, ese género característico del siglo xx que esta novela, junto con *Frankenstein* de Mary Shelley y algunas otras novelas del propio Wells, y de Julio Verne, ayudó a fundar en el siglo xix. Pero, a pesar de este barniz científicista, el esquema general del relato de Wells corresponde al de las fábulas más antiguas, como la del Rey Midas: la del don que deviene maldición; la del deseo que, al cumplirse, se convierte en condena.

Para contar su historia Wells no adopta, en un principio, el punto de vista del hombre invisible, sino que lo presenta a partir de la mirada de los otros, los habitantes del pueblo de Iping. Este punto de vista múltiple no es en Wells un rasgo vanguardista (como sí lo será en la obra de autores posteriores como Joyce, Faulkner o Virginia Woolf), sino que surge de una necesidad técnica: los "efectos especiales" de la invisibilidad solo existen para quienes los ven –o no ven– desde afuera. El narrador de Wells va pasando de un personaje a otro, ve lo uno a través de los ojos de muchos.

Una sola vez, en el transcurso de la novela, tenemos la versión de Griffin: cuando le cuenta al doctor Kemp la historia de su descubrimiento y de sus primeros pasos en el mundo como hombre invisible (caps. 19 y 23).

Porque este punto de vista físico es, también, un punto de vista moral. Wells podría haber escrito el mito romántico del hombre invisible, convertirlo en un símbolo de nuestra insalvable soledad o alienación, hacer de él un rebelde que se opone a una sociedad hipócrita o represiva: un hombre solo contra el mundo. Lo es, sin duda: pero, en esta lucha, Wells se pone del lado del mundo. Su punto de vista es, de principio a fin, el de los hombres comunes que sufren la agresión y la tiranía del hombre invisible: los posaderos, el señor y la señora Hall, Millie la mucama, el relojero Teddy Henfrey, el herrero Sandy Wedgers... Wells traza un mapa costumbrista del pueblo rural, con sus artes y oficios, sus tipos sociales, sus acentos dialectales y de clase, haciendo de él un microcosmos de la sociedad inglesa de su tiempo; podría haber utilizado al hombre invisible para burlarse de la pacatería y cerrazón de esta sociedad, su desconfianza hacia todo lo extraño y extranjero: y sin embargo este mundo presenta un frente sólido y unido (que, para ser creíble, debe presentar algunas fisuras, como la del señor Heelas, que se niega a darle asilo a su vecino el doctor Kemp cuando el hombre invisible lo persigue) contra la agresión que viene de afuera.

Griffin, quien según sus propias palabras quiere instaurar un reino del terror, es en ese sentido un terrorista de su tiempo. Pero sus atentados, a diferencia de los de sus contemporáneos

los anarquistas, no apuntan a luchar contra el poder, sino a instaurarlo. Griffin, lejos de proponerse como justiciero, intenta imponerse como dictador. La fantasía de la invisibilidad, descubre Wells al escribir esta novela, es la fantasía antisocial por excelencia. Ver sin ser visto es el sueño –y la realidad, si se logra– de todo poder: encarne este en el panóptico de las viejas prisiones del siglo XIX, en los modernos sistemas de vigilancia (cámaras, micrófonos ocultos) o en el “Gran Hermano” televisivo. Ver sin ser visto es colocarse fuera –y por encima– de esa reciprocidad que es inseparable de una sociedad basada en principios igualitarios. Nadie se llame a engaño, advierte Wells: con todo lo que tiene de seductora, y de gozosa, la fantasía de la invisibilidad es una fantasía de impunidad y, por lo tanto, de poder.

Wells quiso darnos una áspera lección moral; pero la literatura, para bien o para mal, suele exceder o escaparse de las intenciones de sus autores. La figura del hombre invisible, sobre todo en el recuerdo, suaviza sus aristas más odiosas y se vuelve melancólica y patética: un hombre que no puede dormir porque sus párpados no bloquean la luz, que debe andar sin abrigo en los días más crudos del invierno, perseguido finalmente por la jauría humana como si de un zorro se tratase, y que aun así sueña con ser emperador del mundo. El hombre invisible es uno de los avatares del hombre fáustico, aquel que está dispuesto a vender su alma para alcanzar el conocimiento, y con él, el poder y la gloria terrenas. Como todo hombre fáustico, aspira a emular a Dios; en este caso, al menos en uno de sus atributos, la invisibilidad, que no es igual a la ubicuidad y a la omnipotencia, pero las sugiere. Es, en

resumidas cuentas, un emblema de la distancia que media entre nuestros infinitos sueños de grandeza y nuestros limitados logros terrenos.

## Capítulo I

# La llegada del forastero

---

El extraño personaje se apareció por la colina a principios de febrero, en un día muy tormentoso de fuertes vientos y grandes nevadas, las últimas del año. Según parece, llegó caminando desde la estación de tren de Bramblehurst, y sostenía en la mano enguantada una pequeña valija negra. Iba abrigado de pies a cabeza, y el ala del sombrero de fieltro le tapaba toda la cara, excepto la punta brillante de la nariz. Tenía los hombros y el pecho cubiertos de nieve, lo que añadía un borde blanco a su pesada carga. Entró tambaleándose en la posada Carruajes y Caballos, a todas luces más muerto que vivo, y soltó de golpe la valija.

—¡Una chimenea, por caridad! ¡Una habitación con chimenea!

Golpeó el suelo con los pies, al lado del mostrador, con el propósito de sacudirse la nieve, y siguió a la señora Hall hasta la sala de recibo para acordar el precio del alojamiento. Sin más presentaciones, una rápida aceptación de los términos y un par de libras de oro sobre la mesa, se alojó en la posada.

La señora Hall encendió la chimenea, y dejó al forastero en la habitación mientras iba a prepararle

la comida personalmente. Que un huésped llegara a Iping en el invierno era una gran suerte, inesperada por lo demás, sobre todo si se trataba de un cliente de los que no regateaban. Estaba decidida a mostrarse merecedora de su buena fortuna. Tan pronto como la panceta estuvo casi crocante, y estimuló a Millie, su apática criada, con unas cuantas reprimendas, llevó el mantel, los platos y los vasos al cuarto y se dispuso a poner la mesa con gran cuidado. A pesar de que el fuego estaba encendido y ardía con fuerza, la señora Hall se quedó muy sorprendida cuando vio que su huésped aún no se había quitado ni el sobretodo ni el sombrero. El visitante estaba de espaldas a ella, mirando por la ventana la nieve que caía en el patio. Todavía con los guantes puestos, tenía las manos entrelazadas en la espalda y parecía absorto en sus propios pensamientos. La señora Hall notó que la nieve derretida que aún le cubría los hombros empezaba a gotear sobre la alfombra.

—¿Puedo llevar su sombrero y su sobretodo a la cocina, para secarlos, señor? —le preguntó.

—No —contestó este, sin volverse.

No estaba muy segura de haberlo oído, y la señora Hall iba a repetirle la pregunta. Pero entonces el forastero la miró por encima del hombro:

—Prefiero no quitármelos —respondió con énfasis.

La señora Hall observó que llevaba puestos unos anteojos grandes y azules con protectores a los lados, y que por encima del cuello del sobretodo le sobresalían unas patillas muy pobladas que le tapaban las mejillas y la cara por completo.

—Muy bien, señor —contestó ella—. Como quiera. La habitación se va a calentar enseguida.

El forastero no respondió y miró hacia otro lado. La señora Hall, presintiendo que sus intentos de empezar una conversación no eran oportunos, terminó de poner la mesa lo más rápido posible y salió de la habitación. Cuando volvió, él seguía allí todavía, como si fuese de piedra, encorvado, con el cuello del sobretodo vuelto hacia arriba y el ala del sombrero goteando, al tiempo que le ocultaba completamente el rostro y las orejas. La señora Hall apoyó los huevos con panceta sobre la mesa con bastante fuerza y le dijo en voz muy alta:

—La cena está servida, señor.

—Gracias —contestó el forastero al mismo tiempo, y no se movió hasta que ella empezó a cerrar la puerta. Solo entonces se dio vuelta y se acercó a la mesa con cierta avidez.

Mientras regresaba a la cocina por detrás del mostrador, la señora Hall empezó a oír un ruido que se repetía a intervalos regulares: chirc, chirc, chirc. Parecía el golpeteo de una cuchara en un tazón.

—¡Esa chica! —exclamó—. Me olvidé por completo. Está tardando demasiado.

En cuanto terminó de batir la mostaza, le lanzó unas cuantas palabras hirientes a Millie por su lentitud excesiva. La señora Hall había freído los huevos con panceta, puesto la mesa y hecho todo mientras que Millie (¡vaya una ayuda!) solo había logrado retrasar la mostaza. ¡Y con un huésped recién llegado que deseaba quedarse! Entonces, llenó el tarro de mostaza,

y después de colocarlo con cierta elegancia en una bandeja de té dorada y negra, la llevó a la sala de recibo.

Llamó a la puerta y entró. Mientras lo hacía, el visitante se movió tan rápido que apenas pudo vislumbrar un objeto blanco que desaparecía detrás de la mesa. Parecía que estaba levantando algo del suelo. Dejó el tarro de mostaza sobre la mesa, y entonces notó que el sobre todo y el sombrero estaban sobre una silla cerca del fuego. Un par de botas mojadas amenazaban con oxidar la pantalla de metal delante de la chimenea. La señora Hall se acercó hacia las vestimentas sin demora:

—Supongo que ahora podré llevármelos para secarlos —dijo con un tono de voz que no daba lugar a ninguna negativa.

—Deje el sombrero —contestó el visitante con voz apagada. Y al darse vuelta, la señora Hall vio que el hombre había levantado la cabeza, y que estaba sentado y mirándola.

Quedó tan sorprendida que no pudo hablar durante unos segundos.

El huésped se tapaba la parte inferior de la cara con un pedazo de tela blanca, una servilleta que él mismo había traído, de modo que la boca y las mandíbulas le quedaban completamente ocultas. Y esa era la causa del sonido apagado de su voz. Pero no fue eso lo que sobresaltó tanto a la señora Hall, sino el hecho de que toda la frente, por encima de los anteojos azules, estaba cubierta con una venda blanca, y que otra venda disimulaba las orejas. Solo se le veía la punta de la nariz —rosada, brillante y lustrosa—, tal como al principio, cuando llegó. Llevaba puesto un saco de terciopelo

marrón oscuro, con cuello negro, alto y forrado en lino, vuelto hacia arriba. El pelo oscuro y grueso le sobresalía entre los vendajes, en forma de trenzas y coletas, lo que le daba una apariencia muy extraña. La cabeza embozada y cubierta de vendajes era tan diferente de lo que la señora Hall hubiera imaginado, que por un momento se quedó paralizada.

El hombre no se quitó la servilleta de la cara, y más bien la siguió sosteniendo con la mano enguantada, como pudo observar la señora Hall en ese momento, mientras la miraba a través de sus insondables anteojos azules.

—Deje el sombrero —dijo él, nítidamente, a través de la tela blanca.

Cuando se le calmaron los nervios después del susto, la señora Hall colocó el sombrero en la silla, otra vez al lado del fuego.

—No sabía..., señor —empezó a decir—, que...

Pero no siguió hablando, un tanto desconcertada.

—Gracias —respondió, secamente, mirándola primero a ella, después a la puerta y luego a ella otra vez.

—Los mandaré secar enseguida, señor, de inmediato —anunció ella, llevándose la ropa de la habitación. Se volvió para echarle otro vistazo a la cabeza vendada y a los anteojos azules mientras salía por la puerta, pero el extraño aún tenía la servilleta sobre la cara. Al cerrar la puerta, tuvo un ligero estremecimiento, y la sorpresa y la perplejidad aún se le notaban en la cara.

—¡Nunca...! —susurró ella—. ¡Increíble! —siguió diciendo, mientras se acercaba en silencio a la cocina; y cuando llegó, estaba demasiado preocupada como

para preguntarle a Millie en qué lío se estaba metiendo en esos momentos.

El visitante permaneció sentado y oyó el ruido de los pasos de la señora Hall a medida que se alejaban. Lanzó una mirada inquisidora hacia la ventana antes de quitarse la servilleta de la cara, para seguir comiendo. Probó un bocado, miró con desconfianza hacia la ventana, y se llevó otro pedazo a la boca. Luego se levantó, y sujetando la servilleta con la mano, atravesó el cuarto y bajó las persianas hasta la muselina blanca que oscurecía los vidrios bajos. La habitación quedó en penumbras. Hecho esto, se sentó más tranquilo a la mesa, y siguió comiendo.

—Seguro que el pobre hombre —decía la señora Hall— ha sufrido un accidente o le han hecho una operación. Pero, realmente, ¡qué susto me dieron esos vendajes! —Eché un poco más de carbón en la cocina, alargó el tendedero y colgó el sobretodo del viajero—. ¡Y esos anteojos! Se parecía más a un casco de buzo que a un ser humano —extendió la bufanda del visitante en una punta del tendedero—. Y tapándose la boca con el pañuelo todo el tiempo... ¡Hablando a través de él! Quizá tenga alguna herida en la boca... —Y se dio vuelta de repente como si acabara de recordar algo—: ¡Qué barbaridad, Millie! ¿Todavía no has hecho las papas?

Cuando la señora Hall regresó para levantar la mesa, su idea de que el visitante tenía la boca desfigurada por algún accidente se confirmó, pues el extraño estaba fumando una pipa. Y mientras ella permaneció en la habitación, en ningún momento él se quitó la bufanda que le tapaba la parte inferior de la cara, ni siquiera

para llevarse la boquilla a los labios. No se trataba de un olvido, pues el hombre miraba la pipa a medida que se iba consumiendo. Estaba sentado en un rincón de espaldas a la persiana. Después de comer, beber y calentarse placenteramente ante el fuego de la chimenea, le habló a la señora Hall con menos agresividad tajante que en las ocasiones anteriores. Sus grandes anteojos azules empezaron a adquirir una animación rojiza, a través del reflejo del fuego, que no habían tenido hasta ese momento.

—Tengo parte de mi equipaje en la estación de Bramblehurst —dijo, y le preguntó a la señora Hall cómo podían traerlo a la posada. Incluyó la cabeza vendada en señal de cortesía, para darle a entender a la señora Hall que comprendía su explicación—. ¡Mañana! —exclamó—. ¿No hay un servicio más rápido? —Y se mostró muy decepcionado cuando ella le contestó que no—. ¿Está segura? ¿No hay ningún hombre con un coche ligero que pueda ir a buscarlo?

De buena gana, la señora Hall respondió a sus preguntas e inició una conversación.

—El camino de la colina es muy empinado —dijo, como respuesta a la posibilidad del coche, y luego añadió—: Allí se volcó una carreta hace poco más de un año, y murieron un caballero y el cochero. Los accidentes ocurren en el momento menos pensado, ¿verdad, señor?

Pero el visitante no se iba a dejar persuadir con tanta facilidad.

—Tiene razón —contestó a través de la bufanda, sin dejar de mirarla tranquilamente con sus anteojos impenetrables.

—Pero les toma mucho tiempo en curarse, ¿no es cierto? El hijo de mi hermana, Tom, se cortó el brazo con una guadaña cuando se cayó en el campo y, ¡válgame Dios!, estuvo tres meses en cama. Aunque no lo crea. Ahora les tengo terror a las guadañas, señor.

—Entiendo perfectamente —contestó el visitante.

—Tuvo miedo de que lo fueran a operar. Estaba muy mal, señor.

De repente, el visitante se echó a reír, una especie de risa ronca que pareció camuflar en la boca.

—¿De veras? —comentó.

—De veras, señor. Y no fue cosa de risa para los que tuvimos que atenderlo, como yo... Mi hermana tenía que ocuparse de sus hijos pequeños. Había que ponerle las vendas, señor, y después quitárselas. Y si me permite que le diga, señor...

—¿Podría traerme fósforos? —pidió de repente el visitante—. Se me ha apagado la pipa.

De pronto, la señora Hall se sintió un poco ofendida. Era, sin duda, muy grosero de su parte, después de todo lo que le había contado. Se quedó boquiabierta un instante, pero recordó las dos libras. Salió enseguida a buscar los fósforos.

—Gracias —respondió él lacónicamente cuando la señora Hall le acercó los fósforos. El hombre le dio la espalda y se quedó mirando por la ventana. Era evidente que el tema de las operaciones y los vendajes le tocaba un punto sensible. Después de todo, ella no había querido insinuar nada. Pero el rechazo la irritó, y Millie pagó las consecuencias esa tarde.

El huésped se quedó en la sala de recibo hasta las cuatro, sin dar ningún pretexto para que alguien pudiera entrar en el cuarto. La mayor parte del tiempo permaneció en silencio. Al parecer, se quedó sentado en la oscuridad, cada vez más densa, delante del fuego. Dormitando, quizá.

En una o dos ocasiones alguien podría haberlo oído mientras removía las brasas, y durante unos cinco minutos dio la impresión de que caminaba por la habitación. Parecía que hablaba solo. Luego, cuando se volvió a sentar, crujió el sillón.

## Capítulo II

# Las primeras impresiones del señor Teddy Henfrey

---

A las cuatro de la tarde, cuando ya oscurecía, y la señora Hall se armaba de valor para ingresar en el cuarto y preguntarle al visitante si deseaba tomar el té, Teddy Henfrey, el relojero, entró en el bar.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. ¡Qué mal tiempo para botas delgadas, señora Hall!

La nieve caía con gran fuerza.

La señora Hall asintió, y entonces se dio cuenta de que el relojero traía su caja de herramientas y se le ocurrió una idea.

—Ya que está aquí, señor Teddy —dijo—, le agradecería que le echara un vistazo al viejo reloj de la sala de recibo. Funciona bien, y da la hora, pero la aguja siempre marca las seis.

La señora Hall se dirigió a la sala y entró después de tocar una o dos veces. Cuando abrió la puerta, vio al visitante sentado en el sillón delante de la chimenea, medio dormido, al parecer, y con la cabeza inclinada hacia un lado. La única iluminación en la habitación era el resplandor rojo del fuego —que encendía los ojos del extraño como las señales de peligro de la vía del tren— y la poca luz que entraba por la puerta. A la señora

Hall todo le pareció rojizo, oscuro e indefinido, y tanto más puesto que acababa de encender la lámpara del bar y la iluminación repentina la había encandilado. Por un momento, le pareció ver que el hombre al que miraba tenía una enorme boca muy abierta, una boca increíble, que le ocupaba casi la mitad inferior de la cara. Fue una sensación momentánea: la cabeza vendada, los anteojos monstruosos y esa enorme cavidad debajo. El hombre hizo un movimiento, se levantó del sillón y alzó la mano. La señora Hall abrió la puerta de par en par a fin de iluminar más el cuarto, y entonces vio al huésped con mayor claridad: estaba cubriéndose la cara con la bufanda, tal como había hecho antes con la servilleta. La señora Hall pensó que seguramente las sombras la habían engañado.

—¿Le importaría, caballero, que entrara este señor a revisar el reloj? —dijo, mientras se recuperaba del susto.

—¿Arreglar el reloj? —respondió, mirando a su alrededor medio dormido y con la mano en la boca—. Siga nomás.

La señora Hall salió a buscar una lámpara, mientras el extraño se ponía de pie y trataba de estirarse todo lo que podía. Cuando llegó la luz a la habitación, el señor Teddy Henfrey se enfrentó, al entrar, con aquel hombre cubierto de vendas. Más adelante admitió que había quedado “muy desconcertado”.

—Buenas tardes —lo saludó el extraño, mirándolo, como dice el señor Henfrey, muy consciente de los anteojos oscuros, “igual que una langosta”.

—Espero —respondió el señor Henfrey— que no se tome esto como una invasión a su privacidad.

—De ninguna manera —contestó el visitante—. Aunque creía —añadió, mirando a la señora Hall— que me habían asignado esta habitación para mi uso personal.

—Pensé, señor —intervino la señora Hall—, que desearía que el reloj... —iba a decir “fuera reparado”.

—Cierto —dijo el extraño—, cierto... Pero, por lo general, me gusta estar solo y prefiero que no me molesten. De todos modos, me alegro de que hayan venido a arreglar el reloj —añadió, al ver cierta vacilación en la actitud del señor Henfrey—. Me alegro mucho.

El señor Henfrey había tenido la intención de pedirle disculpas y retirarse, pero esas palabras lo tranquilizaron. El visitante se ubicó de espaldas a la chimenea y cruzó las manos atrás.

—Ah, y luego —agregó—, cuando terminen de revisar el reloj, me gustaría tomar una taza de té. Pero no antes de que terminen el arreglo.

La señora Hall estaba a punto de salir de la habitación —esta vez no hizo ningún intento de iniciar una conversación con el visitante, pues no deseaba quedar en ridículo delante del señor Henfrey—, cuando el forastero le preguntó si había hecho algo con respecto a su equipaje en Bramblehurst. La señora le respondió que le había mencionado el asunto al cartero, y que el transportista se lo traería por la mañana temprano.

—¿Está segura de que es lo más rápido? —preguntó él. Estaba segura, le respondió con gran frialdad.

—Tal vez deba informarle ahora —añadió el forastero— lo que no pude decirle antes por el frío y el cansancio... que soy un experimentador científico.

—¿De veras, señor? —dijo la señora Hall, muy impresionada.

—Y mi equipaje contiene aparatos e instrumentos.

—Cosas muy útiles, sin duda, señor —asintió la señora Hall.

—Y, como es natural, estoy muy ansioso por continuar con mis investigaciones.

—Por supuesto, señor.

—El motivo de mi estadía en Iping —prosiguió, con cierta insistencia— fue... el deseo de soledad. No deseo que me interrumpan cuando estoy trabajando. Además de mi trabajo, un accidente...

“Ya lo suponía”, se dijo la señora Hall.

—...necesito tranquilidad. Mis ojos... a veces se me debilitan mucho y me duelen tanto que debo quedarme en la oscuridad durante horas. Me encierro. A veces... No siempre. Ahora no, por cierto. En esos momentos, la mínima alteración, el ingreso de un extraño en el cuarto, se convierte en una molestia insoportable para mí... Es importante que se entienda bien esto.

—Claro, señor —respondió la señora Hall—, y si me permite preguntarle...

—Creo que eso es todo —contestó el forastero, con aquel irresistible modo concluyente que podía adoptar a voluntad. Entonces la señora Hall decidió postergar su pregunta y su solidaridad para mejor ocasión.

Después de que salió la señora Hall de la habitación, el huésped se quedó inmóvil delante de la chimenea, lanzando miradas feroces —en palabras del señor Henfrey— al arreglo del reloj. El señor Henfrey no solo sacó las agujas

y la esfera, sino también el mecanismo del aparato. Y trató de trabajar de la forma más pausada, silenciosa y discreta posible. Realizaba su labor con la lámpara a su lado, y la pantalla verde le proyectaba una luz muy brillante sobre las manos, como también sobre el marco y las ruedecillas, mientras el resto de la habitación quedaba en la semipenumbra. Cuando levantaba la vista, le parecía ver pequeñas manchas de colores. Curioso por naturaleza, había desarmado el mecanismo –un procedimiento del todo innecesario– con el propósito de demorar su partida y quizás iniciar una conversación con el forastero.

Pero el forastero se mantuvo en silencio y quieto. Tan quieto, que puso nervioso al señor Henfrey. Tenía la impresión de que estaba solo en la sala, pero, en cuanto levantaba la vista, allí estaba la cabeza vendada, gris y sombría, y los enormes anteojos azules observándolo sin inmutarse entre una bruma de puntitos verdes que flotaban delante de ellos. A Henfrey le pareció todo tan misterioso que, por unos segundos, se miraron desconcertados. Y entonces Henfrey bajó los ojos. ¡Qué posición tan incómoda! Le hubiera gustado decir algo. ¿Podría comentarle que el frío era excesivo para esa época del año?

Levantó de nuevo la vista, como quien se dispone a lanzar la primera frase introductoria:

–El clima... –comenzó.

–¿Por qué no termina de una vez y se va? –le respondió la figura rígida, a todas luces en un estado de furia que controlaba con gran dificultad–. Solo tiene que ajustar la manecilla de las horas en su eje. Está tratando de engañarme, eso es todo...

—Por supuesto, señor, un minuto más y ya está... Me faltaba...

El señor Henfrey terminó el arreglo y se marchó. Pero se fue muy enojado. “Maldita sea”, se decía, mientras caminaba con dificultad por el pueblo a través de la nieve que empezaba a derretirse. “A veces alguien tiene que arreglar los relojes, sin duda”. Y seguía: “¿Acaso nadie puede mirarlo a la cara? ¡Repugnante!”. Y agregaba: “Parece que no. Si la policía lo busca, no podría estar más cubierto y vendado”.

En la esquina de la calle Gleeson, vio que Hall —casado no hacía mucho con la dueña del Carruajes y Caballos, y conductor de la diligencia de Iping hasta el cruce de Sidderbridge, cuando lo requería algún pasajero ocasional— venía hacia él de regreso de aquel lugar. Era evidente que Hall se había “tomado un pequeño descanso” en Sidderbridge, a juzgar por su forma de conducir.

—Hola, Teddy —le dijo al pasar.

—Te espera un tipo raro en casa —respondió Teddy.

Hall se detuvo, muy amigablemente.

—¿Qué dices? —preguntó.

—Un cliente muy extraño se hospeda en Carruajes y Caballos —contestó Teddy—. ¡Increíble!

Y Teddy empezó a darle una descripción muy gráfica del grotesco personaje.

—Parece un disfraz, ¿verdad? Me gustaría verle la cara, sobre todo si se va a alojar en mi posada —dijo Henfrey—. Pero las mujeres son tan confiadas... cuando de extraños se trata. Ha tomado una habitación y ni siquiera ha dado un nombre.

—¡No me digas! —respondió Hall, que era un hombre un tanto receloso.

—Sí —continuó Teddy—. Por una semana. Sea quien sea, no vas a poder deshacerte de él antes de esa fecha. Y, además, tiene mucho equipaje, y se lo van a traer mañana... Al menos, eso dice. Esperemos que no se trate de cajas llenas de piedras.

Entonces Teddy le contó a Hall de la vez en que un desconocido, con un baúl vacío, había estafado a una tía suya que vivía en Hastings. En resumidas cuentas, Teddy dejó a Hall lleno de vagas sospechas.

—Vamos, vieja yegua —dijo—. Creo que debo encargarme de esto.

Teddy siguió su camino mucho más aliviado.

En lugar de “encargarse de eso”, sin embargo, en cuanto llegó Hall a la posada, su mujer lo recibió con un severo sermón por haberse quedado tanto tiempo en Sidderbridge, y sus temerosas preguntas sobre el extraño huésped recibieron respuestas irritadas y mordaces que no venían al caso. Pero la semilla de la sospecha que Teddy había sembrado empezaba a arraigarse en su mente, a pesar de las circunstancias adversas.

—Ustedes, las mujeres, no lo saben todo —afirmó el señor Hall, decidido a averiguar más sobre la personalidad del huésped en la primera ocasión que se le presentara. Y cuando el forastero se fue a dormir, a eso de las nueve y media, el señor Hall se dirigió resuelto a la sala de recibo y se puso a mirar con detenimiento los muebles de su esposa, solo para demostrar que el extraño no era quien mandaba allí, y observó con minuciosidad

y cierto desdén una hoja de cálculos matemáticos que el huésped había dejado a la vista. Antes de acostarse, le ordenó a la señora Hall que revisara el equipaje del forastero ni bien llegase al día siguiente.

—Ocúpate de tus asuntos, Hall —le respondió la señora Hall—, que yo me ocuparé de los míos.

Estaba más que dispuesta a contestarle con brusquedad a su marido, porque el forastero era sin duda un hombre muy raro, más de lo usual, y ella, por su parte, tampoco confiaba mucho en él. A medianoche se despertó soñando con enormes cabezas blancas parecidas a nabos que corrían tras ella. Tenían cuellos muy largos e inmensos ojos negros. Pero como era una mujer sensata, no se dejó acobardar por el terror, y se dio vuelta para seguir durmiendo.